

LOS MADRILEÑOS

Revista semanal.

OFICINAS

Rutz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR. FEDERICO URRECHA

AÑO II

9 de Febrero de 1889

NÚMERO 19.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

CARLOS FLOQUET

Sobre Floquet están hoy fijas las miradas de Europa; de lo que haga él ó deje de hacer Boulanger, depende la suerte de la República francesa.

Floquet es hombre para el empeño en que está metido; abogado batallador, enérgico y afortunado, hizo la causa de todos los oprimidos, con la palabra en los estrados y Congresos, con el fusil en las calles, con su audacia dando ante el Zar, de visita en París en 1867, aquel su famoso grito: *¡Viva Polonia!*

Una vez en el poder, ha tenido el doble valor de despojarse de su carácter de jefe del Gobierno y batirse con Boulanger como un simple ciudadano. ¿Será Floquet, en la lucha empezada con las últimas elecciones del Sena, el hombre de resolución y tacto político bastantes para dominar la gravísima crisis por que atraviesa Francia?

Tal vez vaya la solución, como en los folletines, en el número próximo.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
> ATRASADO, 25 >

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO



Febrero de 1887.
(Del 3 al 9.)
¡Caramba y qué frío!
Hemos tenido sus horitas de 4 grados bajo 0, que es una temperatura que sólo pueden soportar un ex ministro de Gracia y Justicia, el simpático Noriega, Milego. Miguelito Palacio, Mariano Pina y otros afortunados que usan á diario el gabán de pieles.

No investigaré yo de qué son las pieles que sirven de forro á esos gabanes, aunque me consta que, en varias ocasiones, les han arrancado á algunos de ellos la piel á tiras.

Metafóricamente hablando, por supuesto.

Pero es lo que dirán ellos:

—¡Ahí me las den todas! Ande yo caliente...

Que es lo mismo que digo yo en casos parecidos.

Porque en *Tcas partes cuecen habas*.

Y al moro que menos...

Dentro de breves días se pondrá á la venta *La vida en Madrid*, de Enrique Sepúlveda...

Conque á comprar el libro y á leerlo.

O á leerlo sin comprarlo, que también es esto muy corriente y muy socorrido.

En este número publicamos el retrato del principe Rodolfo.

Los restos de éste han sido enterrados en tres sitios distintos.

El cadáver, en la cripta de la iglesia de Capuchinos.

El corazón, en una urna de plata en la iglesia de San Agustín.

Los intestinos, en una vasija de plata en la catedral de San Estéban.

¡Y figúrense ustedes el lío que se va á armar el día del juicio para ir coneordando todos esos restos! ¡Asusta pensar el jaleo que habrá aquel día!

A propósito de retratos.

Dentro de pocos días podrán admirar los lectores de LOS MADRILES cuatro hermosos retratos de otras tantas hermosuras premiadas en el concurso de belleza de Turín.

No se quejarán nuestros cariñosos amigos y favorecedores.

Cuando el concurso de Spa, fuimos los primeros en Madrid en dar á conocer la *vera efigie* de aquellas buenas mozas.

Y ahora dicen que las hay de *búten*.

Sobre todo, una vienesa, Jenny Cooper, que afirman que da la hora.

En fin, ya la juzgarán ustedes.

Y vamos á ver: ¿no les parece á ustedes que podíamos celebrar en España un concurso de belleza que superara á todos esos concursos del extranjero?



Sobre todo si se presentaban á optar el primer premio algunas compatriotas nuestras...

¡Boca abajo todo el mundo!

¡Mire usted que hay unas caras en esta tierra!

¡Olé ya!

A una señora que tiene fama de rica, y que vive en la Ronda de Embajadores, la han querido robar ya tres veces.

En la última estuvo á punto de ser estrangulada por uno de los malhechores, mientras que el otro la amenazaba con un cuchillo descomunai.

Los gritos de una vecina, que pidió socorro á tiempo, la salvaron de una muerte inevitable.

Aunque dice el adagio que á la tercera va la vencida, la buena señora ha escapado también de ésta milagrosamente.

Mucho cuidado ahora.

Porque á la *cuarta* la dejan sin un *cuarto*.

Los Gobiernos de Francia é Inglaterra han resuelto reconocer al general Legítimo como presidente de la república de Haití.

¡Muy bien hecho!

Lo raro hubiera sido que no lo reconocieran, siendo Legítimo.

¡Á ver!

Esta semana ha tocado el turno para aterrorizarse á las cocineras de Huelva.

También creen que ha ido á visitarlas el famoso destripador de mujeres.

Y aseguran que el fin que se propone el feroz asesino es nada menos que comerse los riñones de las infelices victimas á quien destroza.

No se sabe si al Jerez ó salteados.

Esta cuestión del destripador pica ya en historia.

En Almería, en la Coruña, en Orense y en otras capitales ha corrido este absurdo rumor.

¿Quién lo esparce?

En esto, como en lo de los petardos, convendría seguir la pista y castigar severamente al autor de la bromita.

Porque, francamente, para broma, resulta un poco pesada. Y necia.

Otro millonario que ha muerto en la miseria.

Un súbdito español, llamado Juan Francisco Rodríguez, después de una vida de angustias y privaciones, acaba de morir en Lisboa, dejando una fortuna de un millón de reales en inscripciones de la Deuda, y 5.084.500 reis, en metálico.

Dicha fortuna ha quedado depositada en el Consulado español, hasta que se presenten á reclamarla sus herederos.

Que serán sobrinos, como si lo viera.

Estas fortunas no las dejan más que los tíos.

Y éste debía ser un tío, indudablemente.

Era gallego y soltero.





Estas dos últimas condiciones casi no hacía falta indicárlas.

¡Estaban indicadas!

Sinesio Delgado es un valiente.

Me complazco en reconocerle esta cualidad, que yo ignoraba tuviese el ilustrado é ingenioso director del *Madrid Cómico*.

Figúrense ustedes si es valor estranar, como él lo ha hecho,

una comedia en verso, sin telones, sin trajes, sin *atrezzo*, sin música, sin pantorrillas, sin apoteosis y sin chistes pornográficos... ¡En el teatro de Esalava!

Y gustar.

Y gustar mucho.

Calculen ustedes el mérito de *La obra*.

Trabajan en ella varios albaniles y no hay ripio.

¡Choque usted ahí, compañero!

E. NAVARRO GONZALVO.



EL AMIGO X

PERO, señor, ¿quién será ese hombre? Hace más de quince años que me lo encuentro en todas partes, y todavía no sé cómo se llama. El, en cambio, conoce mi vida mejor que yo, como si la hubiera *compuesta* para publicarla en los periódicos, ó en aleyunas, que á veces viene á ser lo mismo. Apenas pass un día sin que me saludé; los domingos y los días de fiestas nacionales me abraza con cierto entusiasmo, y, sobre todo, siempre que voy de prisa á alguna parte, me detiene para preguntarme una porción de tonterías. Recuerdo que, cuando entré en quintas, le hallé en la puerta de la Diputación provincial, y me dijo estas ó parecidas palabras:—¡Hombre! (Que sea enhorabuena! Ya sé que es usted *invidi*, y no puede usted figurarse cuánto me alegro. ¿Y por qué ha sido?—Pérez me ha asegurado que le faltan á usted tres ó cuatro costillas; y, francamente, me ha causado mucho regocijo el saberlo, porque siempre es una ventaja para estos casos, sin contar con que andará usted más ligero y con menos peso que los que tenemos el número de costillas que previene la ley. Además, añadió, eso creo que no le impedirá á usted seguir haciendo versitos, porque según me ha dicho también Pérez, las costillas no intervienen para nada en la casa de los consonantes.

En aquel momento, y cuando yo le iba á llamar ¡animal! me dió una gran palmada en la espalda y se despidió de mí, llamándome ¡holgassón! á gritos.

A los pocos días, y con ocasión de hallarme en casa de un amigo mío que acababa de fallecer, volví á encontrarme á X. (le llamaremos así) entre las personas que estaban esperando que sacasen el cadáver para acompañarle hasta su última morada.

Antes de que X. me viera, le pregunté á uno de los parientes del finado: ¿Quién es *ese*?—No sé, me respondió; es la primera vez que le vemos en esta casa, tal vez sería amigo del difunto.—¡Qué lástima! murmuré.—¿Qué? ¡Deplora usted que fuera amigo del pobre muerto?—No, señor; lo que deploro es que el difunto se haya llevado el secreto á la tumba.—¿Qué secreto?—El secreto, respondí, del nombre de ese caballero.—¿Cómo! exclamé mi interlocutor; ¿usted tampoco le conoce?—No señor, es decir, le conozco mucho, ó, mejor dicho, él es quien me conoce y me saluda siempre con mucha cortesía; pero yo no puedo averiguar su nombre, por más esfuerzos que hago para conseguirlo.

En aquel momento X. me vió, y se vino hacia mí como disparado.—¡Hola! ¿Qué tal? me dijo. ¿Conque usted también era amigo del pobre... que vamos á acompañar?—Sí, le contesté.—¡Ha sido una gran desgracia! me respondió con acento tristísimo. ¡Ahora que iban á entrar los suyos y podían haberle dado un empujón!—Sí, efectivamente.—Y diga usted, continuó X., ¿deja mucha familia?—Ninguna, que yo sepa, repuse asombrado; porque como era sacerdote.—¡Ahí vamos, se apresuró á decirme un poco desconcertado: usted dispense; yo le confundía con otro que hemos enterrado ayer. ¡Soletilla... el pobre Soletilla! A quién usted conocería de hijo.—¿Yo? le contesté... Su pongo que será el inventor de los bizcochos que llevan su nombre; pero no le trataba.—No, no era ese, prosiguió X.; pero ha tenido una muerte espantosa. ¡Figúrese usted que se nos ha ido por momentos, como quien dice! Primeramente se le cayó el pelo, luego se le cayeron los dientes, después las uñas; una tarde, estando en el Congreso oyendo á Cánovas, las orejas; el día de su santo, las narices; y así, dulcemente, y sin sentirlo, como quien dice, se le ha ido desprendiendo todo; y lo peor es que no ha dejado ni un céntimo á su pobre viuda.

—Naturalmente, le dije: ¡si era tan *desprendido*!—¡Mucho! me contestó X. Tanto, que para poder enterrar algo y no llevar la caja vacía, hemos tenido que juntar, con cuatro puntadas, lo que se le había caído el día anterior á su muerte; con lo poco que ya le quedaba, y lo no mucho que con todo hemos reunido,

lo hemos puesto en la caja, y ayer lo enterramos. Nunca, añadió limpiándose los ojos con el pañuelo, se habrá puesto con más verdad sobre una lápida, aquello de... «Aquí yacen los restos mortales de D. Fulano de Tal.»—Efectivamente, le contesté; y deseando librarme de él, salí corriendo de la casa y me metí en el primer coche que encontré á la puerta. Pero... ¡oh sorpresa! X. entraba al mismo tiempo por la otra portezuela, y arrellanándose á mi lado, encendió un pitillo, y me dijo á la vez que el coche se ponía en movimiento:—¿Usted es hermano de San Justo?—No, señor, respondí; ese santo no era de mi familia.—No digo eso, me contestó él; quiero decir si es usted hermano de la Sacramental que lleva ese nombre. Tampoco.—Pues debía usted haberme, porque por una pequeña cantidad que se paga todos los meses, la Sacramental se encarga luego de todos los gastos; desde la conducción del cadáver, compra de sepultura, etc., etc., hasta los bombos en los periódicos; de manera que es una gran comodidad, porque mañana se muere usted, y ya no tiene que pensar en nada.—¡Claro! Si me muero es probable que ya no me oúpse...—¿Y escribir? continuó X. llenándose los ojos de humo. ¿No escribe usted ahora nada? No; ahora ya ve usted, repuse enseñándole las manos.—Vamos, no sea usted tan bromista; yo lo digo porque... desde que se ha casado usted, se ha vuelto estéril completamente.—¡Hombre, no! le respondí. Me parece que tengo un niño.

En aquel momento llegábamos al cementerio, y yo tuve buen cuidado de marcharme de los primeros para que no me pescase otra vez.

Hace pocos días volví á encontrármelo en la Carrera de San Jerónimo; me echó el brazo por encima del cuello, y me detuvo.—¿Viene usted? me dijo.—¿Adónde? le respondí, casi con malos modos.—Pues al entierro del General... (Un General muy valiente que había fallecido el día anterior, á consecuencia de un susto.)—Pero, hombre, no pude menos de decirle; ¡usted se pasa la vida enterrando gente!—Sí, señor, me contestó; es mi especialidad; así he hecho todas las relaciones que tengo. Muere cualquiera persona conocida, allí estoy yo; subo á la casa, velo el cadáver, si es preciso, lo amortajo, si hay necesidad, como con la familia, si hay necesidad, y como el difunto no ha de desmentirme, pondero lo mucho que nos queríamos, y si hay necesidad...—¿También cena usted con la familia? le interrumpí.—Sí, señor, yo me resigno á todo. Luego, al día siguiente, al entierro, y á los pocos días al funeral: me pongo al lado de las personas que valen, hablo del difunto, lo elogio, ó lo pongo verde, según con quien hablo, y poco á poco todo el mundo se va acostumbrando á verme; y todos acaban por ser íntimos amigos míos. Con decirle á usted, prosiguió (por supuesto sin quitarme el brazo del cuello, para que no me escapase), que Sagasta no sabe todavía quien soy yo, y está á punto de darme un destino...—Lo creo, porque si lo supiera... le respondí.

Pero él no se enfadó, y quitándose la mano del cuello, se cogió familiarmente de mi brazo, y me dijo riéndose:—¡Eal! ¿Conque viene usted al entierro?—No, señor. Ya no voy á más entierros, repuse dándole un ligero empujón. Me cargan y me entristecen. ¡Con decirle á usted que si voy al mío iré á la fuerza, y porque no digan! ¡Conque déjeme usted en paz!—Pues yo, me respondió él alegremente y queriendo volver á cogerme por la espalda, cuente usted con que iré al suyo, y con mucho gusto.

Levanté el bastón; pero él, más ligero, echó á andar á buen paso, y desapareció entre la gente.

Ahora... ¿creen ustedes que el tipo es invención mía? Pues no hay tal cosa. Ahí está... no; no digo su nombre, porque ya ha sido ministro, hace muchos años. Lo malo es que ha tenido herederos, y el que yo conozco, digo, el que no conozco, debe ser uno.

CONSTANTINO GIL.



—¿Conque se va el General?
—Dicen que el 20, Isabel...
—Y tú, ¿te marchas con él?
—Está claro.—(Menos mal!)



¡Las señas de mi casero!...
calle de la Libertad,
10, segundo, y ¿da dinero?
Lo que es eso... ¡no es verdad!



El jueves por la noche se queda en casa la condesa de Pepino-débil.
—¡Caramba! Y las demás noches, ¿en dónde se queda esa señora?



DEL GREMIO DE SUICIDAS
—¡Un príncipe heredero suicidándose! ¿Qué nos queda que hacer a los que no hemos de heredar nada? ¡Ya no hay clases!



«Se desea un caballero estable...»
¡Vamos, ésta necesita lo mismo que yo!



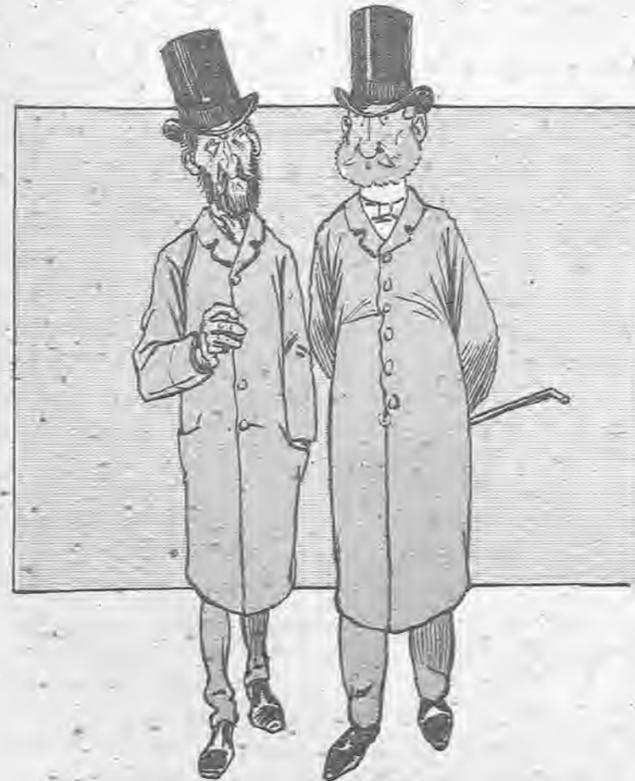
Avisos útiles.—Te quiere 12,
vendrá 13, que no lo sepa 14...
te espera 15...
—Y... ¡traya!



Dices unas cosas La Unión,
que parten el corazón.



«Gustavo, aprovechando un descuido, se comió los riñones de Teresa...» ¡!



BACCARAT

—Usted hace la vaca, y tenga usted por seguro que le da seis pases al banquero.
—No, hombre; si yo hago la vaca, los pases me los dará él: ¿ha visto usted alguna vaca dando pases?



ULTIMA MODA



¡BANQUETEEMOS!

Así como en Barcelona no puede tomarse ni chocolate con ensimadas sin la palmera que por clasificación le corresponda, aquí, en «los madriles», no hay otro medio de orillar conflictos, estudiar asuntos ó resolver negocios, que reuniéndose en fraternal banquete.

Estos días se banquetea de lo lindo.

Que los señores de la Comisión de reformas militares no acaban de encontrar la «fórmula...»

Banquete en casa del ministro del ramo.

Que los cigarros de la Tabacalera son incombustibles...

Banquete de accionistas, á catorce duros por barba.

Que los diputados provinciales han volcado de la presidencia á Fulanito, para aupar á Mengano...

Banquete.

Que la cuestión de los caldos ó de las sopas anda mal en tal ó cual provincia, y tiene que venir á Madrid la consabida Comisión...

Banquete y más banquete.

Un refrán antiguo dice que, «comida hecha, compañía deshecha.»

Hoy es necesario modificarle de este modo:

«Rosicler en puerta, banquete á la vuelta.»

Se comprende que un suceso fausto para el país, ó sencillamente para la familia, se celebre banqueteando, — ó tomando unas copas — según los «posibles» de cada hijo de vecino.

Pero que se hagan las leyes del Estado, ó que se lloren las desgracias del contribuyente en el comedor, no me parece ni medio regular.

Es de suponer lo que pasará en estas reuniones.

—Le digo á usted que ya no podemos vivir, y si eso de los alcoholes no se resuelve pronto, la miseria en que se ha-

llan los pueblos del distrito que represento... ¡digo yo! ¿eh? —¡Excelente salmón! Repita usted, que está exquisito.

—¡Oh, General! Sobre ese punto, es imposible transigir. La Comisión ha dado muestras del buen espíritu que la anima...

—El mozo (sirviéndole): ¡Sauterne, señor?

—... no me hable usted de eso, que da vergüenza. ¡Es la ruina! ¡Es la ruina! ¡No sé á dónde vamos á llegar!

—El fisco lo absorberá todo.

...Pero urge; el ejército tiene sed de justicia.

—El pueblo tiene sed de moralidad...

.....

—Yo benedictino.

—Yo cognac.

—Póngame usted más Champagne.

Y así, entre tajada y tajada, y entre trago y trago, se va dando de mano á las dificultades más imposibles.

Y no digamos nada de la hora — ó de las dos ó tres horas — de los brindis.

Llegado que es el momento de hablar, ¡aquí te quiero, escopeta!

¡Qué amor á la industria, qué delirio por el país, qué fuego patriótico enardece los corazones y mueve las lenguas!

—Diga usted, me preguntaba no ha mucho tiempo el dueño de uno de los *restaurants* más en boga: ¿conoce usted á alguno de la Comisión de Villacanejos?

—¿Pues?

—He leído en los periódicos que llegará mañana á Madrid á gestionar del Gobierno algún socorro para los pueblos destruidos por los temporales, y no me vendría del todo mal que usted me recomendaran el banquete á casa.

Rigurosamente histórico.

JOSÉ DE LA SERENA.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

TEATRO REAL



LA PRIMA DONNA Mlle. MARIE VAN-ZANDT

EN LA ÓPERA *Lackmé*.

ENTRE MORALISTAS

—¿Qué es un borracho ante todo?

—Pues ante todo, un borracho.

—No hablaba con Pero Grullo.

—Si usted no se explica claro...

—Yo he entendido la pregunta y la contesto en el acto.

Ante todo, el que se embriaga es un hombre degradado.

—Cierto, un ser envilecido que se ofrece voluntario á sujetarse á sí propio con las cadenas de esclavo.

—Es más que eso.

—¿Qué es entonces?

—Yo lo diré.

—Ya escuchamos.

—Un cobarde que abandona las filas de sus hermanos y se duerme ante el peligro por el temor de afrontarlo.

—Hable el que siga.

—Al momento,

y aquí va á parar el carro.

No es el *curda* — como dice en Madrid el pueblo bajo — un cobarde, pues el vino le da valentía y ánimos; es un hombre que renuncia á merecer tal dictado, y que se declara bestia por movimiento espontáneo.

—Cierto, pero en absoluto

no estáis ninguno en lo exacto. Yo resolveré el problema: ¿Qué es el *curda*?... Un temerario. (Sensación en el concurso y silencio un breve rato.)

—Sí, porque es hombre que gratis, mejor que gratis, pagando, sin balancín que le sirva, ni enseñanza de funámbulo, sale á andar por un alambre teniendo el crimen debajo. (Se sirvieron seis botellas de Jerez amontillado, una por barba, y con esto quedó concluido el acto.)

EUSEBIO SIERRA.



Diagnóstico.

Muy grave es la enfermedad que vicia nuestro organismo. Quién la achaca al despotismo; quién otro á la libertad. Mas yo, con independencia, diré que el mal que nos vicia... es la falta de justicia y la sobra de indolencia.

Ai posteri...

El crítico Pepe Blas trueca á menudo los frenos. Ayer dió á un autor de más, lo que hoy da á otro autor de menos.

ABDÓN DE PAZ.



EL ARCHIDUQUE RODOLFO
HEREDERO DE LA CORONA IMPERIAL DE AUSTRIA
† en Viena el 23 de Enero último.

En un álbum.

Ayer recibí tu álbum, y hoy escrito te le vuelvo, pues de voluntad me sobra lo que me falta de ingenio. Me pides que aquí coloque versos que hice en otro tiempo, sin tener, por tu bondad, en cuenta, que son los versos como trinos de los pájaros, que duran sólo un momento, y el aire los evapora entre ráfagas de incienso. La petición de mi firma me favorece en extremo, pues sólo mis versos valen cuando te fijas en ellos.

C. OSSORIO Y GALLARDO.

PACOTILLA

De la cárcel de Medina de Campo se fugaron el otro día tres presos. Pero no así *bóbitis-bóbitis*.

Se fugaron, después de robar el almacén de comestibles del establecimiento.

Vamos, que no quisieron emprender el viaje sin llevar merienda para el camino, por lo que pudiera ocurrir. ¡Eso se llama tener talento, y filosofía... y fiambre!

Unos conejos indisciplinados salieron á merodear noches pasadas por el jardín de un convento de monjas en Gracia (Barcelona).

Y en Gracia había de ser, porque tuvo gracia el suceso.

Las monjas se asustaron creyendo que eran malhechores que trataban de asaltar el santo refugio, y empezaron á pedir auxilio echando á vuelo las campanas.

Todo el vecindario se alarmó, y acudieron los serenos, los vigilantes, el alcalde de barrio y la Guardia civil, atraídos por el alboroto.

Hasta que se vió que eran los conejos, y volvió á renacer la tranquilidad en todos los ánimos.

Si oír quieren mis consejos aquellas místicas monjas, deben, á cambio de lonjas de jamón, dar los conejos.

Acabo de leer en un periódico la sorprendente nueva de que el Gobierno actual ha confiado á los que desempeñan las de Gobernación y de Fomento importantes carteras, la alta misión de mantener incólume el prestigio, la fama ó lo que sea del teatro español, que está en peligro de horrible decadencia. ¡Señor, está bien; muy bien pensado; ¡felicísima idea que aplaudirán con entusiasmo todos los que aquí por el Arte se interesan! Vio y algunos pocos que, á su lado, cultivan con amor la patria escena, por más que hacen esfuerzos superiores para salir airoso en su empresa, contrariados se ven constantemente porque solos se encuentran entre una multitud de malos cómicos que no saben lo que se comunican.

Por esto sólo es digno de alabanza y de alabanza eterna, el acto de encarar nuestro Gobierno á dos de sus ministros, que mantengan del teatro español el gran prestigio, amenazado de venirse á tierra. Cantemos, pues, victoria los amantes de las glorias escénicas, porque si á su misión no son infieles Capdepón y Xiquena, las cumplirán los dos con alto espíritu tan al pie de la letra, que pronto les veremos en las tablas representando dramas y comedias! ¿No es esa la misión que han recibido de todos sus colegas? Si, señor, esa es; no cabe duda, y otra no puede ser, no siendo esa. ¿Como, si no es así, conseguir pueden que el prestigio del Arte se mantenga? ¡Vamos, ya caigo, si todo es posible. Lo pueden mantener... con habichuelas.

Dice *La Correspondencia* que en la isla de Cuba escasea la sangre blanca.

¡Pues, hombre, bien fácil es remediar eso! No hay más que alimentar las venas de los naturales de aquel país por medio de la transfusión de la leche de vacas suizas.

En un restaurant:
—¡Mozo... mozo!
—¿Para qué llama usted al mozo?
—¡Toma! Para pagar el gasto.
—Déjelo usted, yo...
—No faltaba más, no señor, no lo permito.
—¡Hombre, déjelo usted
—De ningún modo. A ver, ¿cuánto se debe?
El mozo.—Veintitrés pesetas.
—Nada, déjelo usted, no sea usted terco.
—Que no, es; quiero pagar yo.
—¡Vaya una porfia! Déjelo usted, hombre.
—Bueno, hombre, bueno; ya que se empeña usted en pagar, me resigno.
—No, hombre, no. ¡Si no me opongo á que usted pague!
—¿Pues no decía usted que lo dejara?
—Sí, señor, que lo dejara usted... ¡sobre la mesa!

JOSÉ ESTRAÑA.

MENUDENCIAS

Publicaciones:

La España Moderna ha publicado su primer número. ¡Y qué primer número! Hay que leerlo y saborearlo, porque no tiene desperdicio (descontada, y como no dicha, la parte del elogio que pueda tocarnos por lo que allí hay nuestro).

Para el segundo número hay preparada una novela inédita de Galdós. Dé estas caen pocas en libra. De modo, que si se tiene esto en cuenta, y se fija el lector en el precio de *La España Moderna*, resulta la Revista española mejor y más barata.

Ya saben ustedes que aquí no se da *bombo* á quien no lo merece, así sea más amigo que el Verbo.

Nuestro planeta es un librito de nuestro distinguido colaborador F. Salazar, en el cual (el libro ó el autor, como ustedes quieran) hay más ciencia que en un pozo.

De ciencia.

Y todo por el corto interés de seis reales. José Matarredona, editor.

El editor Sr. Sobrino ha empezado á publicar una *Biblioteca útil*, que lo es verdaderamente.

Si alguna vez ha respondido un libro á su título, en esta ocasión hace más que responder.

En el primer tomito, *Industrias lucrativas*, de D. Leopoldo F. Velázquez, se aprende desde la manera de hacer agua de Colonia hasta el cultivo de un jardín.

Y cada tomito no vale más que un real.

Tras un ideal es una encantadora colección de cuentos y artículos del Sr. D. Vicente Bas y Cortés.

Nosotros la hemos leído con mucho gusto, y creemos que lo mismo le ha de suceder al que lo compre.

Quedan por leer algunos libros más. Otro día ¿eh?



HAGA USTED FAVORES



—Ricardito, para un compromiso préstame un duro.



—Un duro á esa soía.



—Ese mamarracho de Ricardito tiene la culpa: ¡si él no hubiera prestado el duro!

ALMANAQUE CUPIDINESCO

Año IV. **PARA 1889** Año IV.

ESCRITO POR

J. DE BURGOS, J. DE LAS CUEVAS, JUAN DE DIOS, J. DICENTA, J. ESTRAÑA,
J. ESTREMER, C. FERNÁNDEZ SHAW, C. GIL, F. A. DE ICAZA, FIACRO IRÁYZOZ, F. LIMENDOUX, E. NAVARRO GONZALVO,
C. OSSORIO Y GALLARDO, E. DE PALACIO, J. PÉREZ ZÚÑIGA, L. PORSET, F. SALAZAR, E. SIERRA, E. TORROMÉ,
Y OTROS ESCRITORES

132 ILUSTRACIONES

De Cilla, Cuehy, Pons, L. Palatín, y otros artistas.

CUBIERTA AL CROMO

EN 12 COLORES

UNA PESETA

Est. **Almanaque** se regala á todos los suscritores á **Los Madriles**.
Se vende en todas las librerías de España, Ultramar y Estados hispano-americanos, y en todos los puestos y kioscos donde se expende **Los Madriles**.
Se remite á provincias franco de porte, acompañando su valor en sellos al hacer el pedido á la Administración de este periódico.